

RESEÑAS

Pablo Muñoz Covarrubias, *Tres conversaciones en Nepantla: Poesía, vida y exilio de españoles e hispanomexicanos* (Ciudad de México: UAM/Gedisa, 2023), 173 pp.

RECEPCIÓN: 11 de marzo de 2024.

APROBACIÓN: 7 de mayo de 2024.

DOI: 10.5347/01856383.0151.000314184

Desde el título se sitúa al lector en tres atmósferas que se van a cumplir a cabalidad a lo largo de todo el ensayo. En primer lugar, nos habla de “poesía, vida y exilio”, como una suerte de gradación que se centra en el análisis poético y que, a su vez, separa, como si no perteneciera al mismo fenómeno, la vida del exilio. En segundo lugar, promete “tres conversaciones”, que tiene como protagonistas a autores sujetos a tal condición: León Felipe, Emilio Prados y Pedro Garfias. ¿Cuántas semejanzas más tendrán estos tres poetas del exilio español en México que comparten una personalidad tan acentuada? Y, por último, esta aproximación dialéctica se produce en “Nepantla”, término que, traducido del náhuatl al castellano, significaría “estar en medio”, ¿no es acaso también ese lugar el que ocupa un crítico literario: entre la obra y sus lectores? El pacto de lectura, por tanto, se establece a partir del título.

“Nepantla”, sin embargo, tiene una significación más profunda, por cuanto constituye el lugar y el tiempo en el que el autor del libro, el académico de la UAM-Iztapalapa Pablo Muñoz Covarrubias, va a poner a dialogar a dos generaciones esenciales para comprender el devenir poético de los exiliados en México: la de los exiliados o desterrados o refugiados o transterrados —fueron muchas las denominaciones que intentaron esclarecer su sentido— y la de los “hispanomexicanos”. Este lugar se acerca en sí mismo a aquel donde se produce el fenómeno literario, por eso continuaremos un tiempo esta senda.

Por un lado, tenemos el término “Nepantla”, que se empleó para denominar a aquella generación, hijos/as de exiliados que nacieron en la península, pero que llegaron a México realmente niños, no tan actores del exilio, sino más bien pacientes de su significado, ya prácticamente pertenecientes a esta orilla y sus problemáticas, pero cargando sobre sus espaldas el peso de una grave

herencia. Por el libro, pasearán autores como Nuria Parés, Angelina Muñoz-Huberman, Carlos Blanco Aguinaga, José de la Colina, Arturo Souto Alabarce, Luis Rius o Gerardo Deniz. Conocemos, como ya dijimos, la traducción literal del término, sin embargo, su contexto nos remite en realidad a un sistema de creencias, por tanto, situarse en Nepantla es hacerlo en un estado de frontera espiritual, en la fe del ser y, para lo que ahora nos interesa, en un plano sincrónico.

Por otro lado, si partimos estrictamente de la traducción, '*nepantla*' es estar en medio, por lo que hay una remisión ineludible a un espacio físico: se partió de un punto, se persiguió una meta, pero se quedaron en medio. La continuidad de los acontecimientos —la Historia— los situó en una suerte de frontera física, entre el origen y el destino: lo más probable es que se persiguiera volver al origen, pero se quedaron en medio y al otro lado del mar. En esta categoría se hallaban los tres poetas antes nombrados, que suponen la columna vertebral del libro, pero también encontramos testimonios relevantes de otros que compartieron su condición: Max Aub, Juan Rejano, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, por citar algunos. Para lo que nos interesa, podemos decir que esta generación se situó más en un plano diacrónico.

Por tanto, el grupo de los exiliados se situó más en un plano diacrónico, aquel en el que se detuvieron tras un viaje que los trasladó de un espacio a otro, mientras que los "Nepantla" lo hicieron en uno sincrónico, aquel que les permitió entender quiénes eran, desde sus raíces hasta sus aspiraciones espirituales. Si siguiéramos a Saussure, parece entonces como si el entrecruzamiento de las dos generaciones estableciera en sí mismo los ejes principales del fenómeno literario, el espacio de intercesión necesario para crear literatura, una literatura que no es otra cosa que el reforzamiento de la función poética del lenguaje, la aspiración estética, el afán creador y la necesidad de contar.

Entonces, todo parece dispuesto para que el autor de este libro despliegue las herramientas necesarias para comprender el fenómeno literario que se produce en este espacio de confluencia intergeneracional bajo los parámetros de la poesía, la vida y el exilio. Y una premisa se abalanza sobre el lector, como fractal ineludible para todos aquellos que hemos sido migrantes, afirma Muñoz Covarrubias: "Abandonar la tierra implica verse obligado a encontrar un sitio en que uno pueda justificar su trayectoria vital, día tras día, hora tras hora, ante los demás y también ante sí mismo" (p. 17). Silencio. Tenemos que estar aquí por algo, debemos encontrar por qué y narrarnos: somos en gran parte una ficción. Me imagino entonces un retorno alrededor del fuego, para encontrar las palabras exactas que expliquen nuestra trayectoria. La literatura, con sus planos de análisis sincrónico y diacrónico, se convierte entonces en la herramienta

clave para buscar significados profundos, para, junto con la vida, situarse en el centro del análisis. Por eso, cuando de repente el libro parece tomar una deriva biográfica, por la cantidad de datos que nos trae a colación el autor, el propio Pablo Muñoz nos dice que él no está haciendo una biografía. Y esto es una verdad a medias, porque, en realidad, sí lo está haciendo, pero se parece más a aquellas trayectorias vitales hechas para justificarse a uno mismo. Estoy completamente de acuerdo con él: la literatura no se comprende sin el contexto de quien la crea. El autor nos solicita que confiemos en la literatura, que las redes acabarán desplegándose para que podamos entender estas existencias poéticas.

Y dicho y hecho, en este espacio, las páginas de *Tres conversaciones en Nepantla* comienzan a llenarse de símbolos, las palabras se sitúan como vehículos para comprender significaciones más profundas. Por ejemplo, no dejamos en ningún momento de apreciar el mar, como un símbolo de carácter espacial, por cuanto lugar que separa una tierra de otra, España de México, pero también como uno temporal, porque se constituye como un espacio de inmensidad, líquido, que se escurre entre las manos cuando se quiere asir, en el que es capaz de verse el principio, pero no el final; es decir, el mar se sitúa también en medio y en *nepantla*. No por nada, Pablo Muñoz titula a su introducción, con gran acierto, “La mar de en medio”, una mar que se había vuelto intempestiva, por ejemplo, a partir del llanto desbordado de León Felipe, el primero de los poetas convidados a esta conversación. En torno al tópico, me gustaría referirme a otro poeta no tan presente en el libro, aunque en algún momento referenciado: Juan Rejano. El de Puente Genil tiene un poema excelso que sintetiza quizá su trayectoria vital, esa que también se construyó por medio de la palabra poética, y que abre una multiplicidad de espacios para entender el exilio. Se titula “Mar íntimo”, y me gustaría compartir aquí las dos últimas coplas de un total de nueve que tiene el poema:

Te contiene la palma
de mi mano. Tan hondo
tan inmenso, podría
disiparte en un soplo

porque, fanal del sueño
de mi amor y mis frutos,
eres, mar, una lágrima
sola, en medio del mundo.

RESEÑAS

El mar, ese espacio entre tierras, se ha convertido solo en memoria, una memoria conservada entre cristales o una luz en sí misma¹, pero que ya es tan frágil como una lágrima solitaria, sin peso, capaz de ser disipada por el aire. Desde esta perspectiva, Rejano se situaría, entonces, con esta poesía, en un camino intermedio entre León Felipe y Emilio Prados, el segundo poeta del exilio convocado a este libro. A este mismo mar también lo significarán los Nepantla, pero desde otra perspectiva, como hace Luis Rius en estos versos que aparecen en el libro de Muñoz Covarrubias, y que pertenecen a un poema titulado “Desterrado en el tiempo”:

Olvidada en el mar
me dejé yo la vida.

El mar es ya una tumba, pero el poeta sigue vivo, es decir, al menos aquella otra vida del mar en medio ya se terminó, quedó olvidada, se clausura, por tanto, el destierro en el plano diacrónico y se juzga necesario crear una memoria nueva en el sincrónico, en ese *nepantla* espiritual. “No hay aire, río, mar, tierra, sol mío./ Con lo que no soy yo voy siempre a dar”, dice Rius también en un soneto titulado “Acta de extranjería”. Y estas son, en definitiva, las coordenadas que se establecen en el libro, aquellas en las que Pablo Muñoz Covarrubias pondrá a conversar a poetas de dos generaciones del exilio, situando siempre a la literatura en el centro, una literatura encarnada en el cuerpo y vida de las y los poetas.

Sin ánimo de abundar, en *Tres conversaciones en Nepantla*, la vida y la poesía de León Felipe, Prados y Garfias se verán contrastadas con algunas de las obras de los “hispanomexicanos”. Por ejemplo, la de León Felipe con aquella biografía “intervenida” que escribió el propio Luis Rius, *León Felipe, poeta de barro* (1968), o por el diálogo poético que mantuvo en vida con Nuria Parés; la de Emilio Prados con su propio personaje en la novela *En voz continua* (1997) de Carlos Blanco Aguinaga, y también en el cuento “El solitario acompañante” de Arturo Souto Alabarce; la de Pedro Garfias, con su cruel retrato en un capítulo de *La librería de Arana* (1953), de Simón Otaola, y en el cuento de José de la Colina, “El toro en la cristalería”. En los tres autores, modelados a partir de una fuerte personalidad, encuentra muchas convergencias el autor

¹ Aquí “fánel” se presenta como una dilogía que hace alusión tanto a la parte alta de los faros pesqueros —la que emite luz por la noche—, como a una campana transparente, normalmente de cristal, que protege la luz de una vela para que el viento no lo apague.

del libro. Por mi parte, me quedo con el hecho de que fueran tres extraordinarios fugitivos —el primero a partir de la ira y del delirio; el segundo de la soledad y de sentirse fuera de lugar; y el tercero de lo indócil y el soliloquio—, pero a la par un agudo sentido de la justicia. Entonces, ¿se puede huir y perseguir a la vez la justicia? Quizá la repuesta la podríamos encontrar en un libro excepcional de otro ilustre exiliado, *Los ojos del hermano eterno*, de Stefan Zweig. Los tres son referentes nómadas —poetas que no solo crean poesía, sino que la poesía los crea a ellos, parafraseando a Pablo Muñoz—, y que permiten a la siguiente generación (a los “Nepantla”) preguntarse: ¿de qué o para qué huimos? —...si de aquí ya somos—. En algún momento recuerda Muñoz Covarrubias que la búsqueda de Tomás Segovia era exiliarse del exilio. Y en esta dialéctica se funda este trabajo.

Destaco, ya por último, el enorme compromiso que el autor tiene con su premisa inicial, la que enuncia en su breve “Advertencia preliminar”: “Del método de este estudio solo puede decirse que son la intuición, la curiosidad y el amor los elementos que lo avalan”. Y no son poca cosa. Las tres son premisas del conocimiento que muchas veces se ven anquilosadas por un lenguaje académico —y todo lo que este entraña—, y es que, en ocasiones, se nos olvida a los académicos de literatura que la esencia de nuestra profesión es, entre otras cosas, el amor por las palabras y lo que ellas fundan, recrean y explican. Y en este libro, aunque por supuesto veamos un análisis literario riguroso del que confiamos por la solvencia de su autor, se mantienen aquellas semillas que sostienen el compromiso iniciático. Y se cumplen de tal forma que incluso ciertas licencias poéticas parecen situarnos al autor como un personaje literario que se encuentra con aquellos poetas para reflejarse en ellos más allá de un interés académico. Se multiplican así las lecturas del texto, sus significados profundos y el goce de un libro asentado sobre el saber y las vocaciones.

CONRADO J. ARRANZ MÍNGUEZ
Departamento Académico de Lenguas, ITAM